

## Ruido de pantuflas

Cada vez que podía repasaba los percheros, uno por uno, el de las camisas, el de las remeras, el de las polleras, según los colores, los atuendos de día, los de noche, el perchero mas ambicioso era el de los vestidos, y en cada percha, un sueño. Los dedos finos, largos, alhajados y esmaltados, corrían una por una cada percha y ahí se quedaba un momento contemplando la prenda, imaginándola junto con otra, junto con algún accesorio, sobre un cuerpo en una oficina, en una confitería o tan sólo caminando por una vereda, las prendas recibiendo la aceptación de las miradas al paso, la aprobación y por qué no la admiración. Cada compradora era un sueño, la ilusión de un tiempo que pasó, de retomar lo que no fue, de simplemente volver. El aire fresco de la calle junto con la campanilla que anunciaba la llegada de una clienta sacó a Mabel del recogimiento ante el perchero de sacones livianos. Una figura encogida, una curva del tiempo se acomodó delante de los ojos de la ensoñadora. La mujer que alguna vez fue mujer le pidió permiso para recorrer las prendas, tenía en las manos el deseo del hallazgo. La ayuda de Mabel entristeció los rasgos transcurridos por el tiempo, alguna vez atractivo. Se fue. Nada podía acomodarse a ese cuerpo tan abovedado y gris, y por sobre todas las cosas, Mabel temía por el futuro de sus prendas, ellas esperaban un futuro majestuoso, y ella lo sabía. Del otro lado de la vidriera un árbol empezaba a dejar caer las hojas de un incipiente otoño, y las mujeres comenzaban a fantasear con los nuevos modelos, para esta nueva temporada los pasteles harían furor. Otra vez la campanilla anunció esa brisa tan acogedora de la nueva estación que serviría para atenuar los calores con los que se había convivido. Ella tendría casi treinta años, el cabello largo y pajizo de tantas tinturas rubias, un cinturón de grasa emparejaba los pechos grandes con la cadera. Las uñas rojas eran lo suficientemente largas como para hacer el trabajo de utensilios que separaban las perchas mostrando las blusas y chalecos

sin manga. Mabel temía por la delicadeza de los tejidos, en ese momento deseaba haber tenido algún tipo de cortina que impidiera la visión desde el afuera, nada tan bochornoso como que algunas de sus conocidas viese a ese mamarracho apoyando las yemas sobre esos géneros. Por suerte nada es para siempre y esa mole cubierta con lycra decidió que ahí no encontraría nada para ella. Parecía mentira, pero en menos de una hora ya la habían hecho transpirar, y la piel de Mabel no estaba acostumbrada a esos malos tratos. A pesar de estos eventos, ella nunca quería irse, las sombras de la calle y las luces que se encendían anunciaban, como la campanilla de la puerta, a esas clientas que apresuradas aprovechaban esas últimas horas del día para renovar, aunque sea un poco, el vestuario diario. Y si era por ella, podía llegar a esperarlas con una taza de té, comprendiendo el apuro pero comprensiva, era el momento de acentuar el rubor, renovar las gotas de perfume y sonreír, sonreír.

Estaba acomodando los almohadones de los vestidores cuando otra vez la melodía de la entrada de una clienta resonó en el local. No podía creerlo, cuando la vio inmediatamente pensó en una brujería, ya era demasiado, primero la anciana que buscaba entre sus percheros algo para vestir esa espalda abovedada, después ese cuerpo tosco llenando el espacio, discrepando con las prendas que pendían espantadas y atemorizadas. Y ahora esto, algo había pasado, recordó esos consejos sobre lavar la vereda con vinagre, o colgar una ristra de ajo detrás de la puerta... Pero todos esos olores no combinaban con la dulzura del interior, de todos modos tenía que hacer algo, tuvo ganas de correr hacia la puerta y cerrarla con llave para no permitirles la entrada, pero ya estaban adentro. Tuvo la rápida imagen de verse descompuesta, decirles que tenía que cerrar, que tenía que irse, que se sentía mal, también podía inventar la muerte de alguna tía vieja, retrocedió unos pasos mirando hacia un costado y se resignó a atenderlos.

Una silla de ruedas en su local, como un carro tirado por un caballo, un carro que junta basura, que espera los deshechos en las veredas. Otra vez el desequilibrio entre sus prendas, como si hubieran abierto las puertas de las jaulas de un zoológico dentro de su arca. Era obvio que nada de lo que pendía de los percheros podía amoldarse al cuerpo que estaba en la silla. Ni bien volvió a quedarse sola acercó la manguera de la aspiradora de la alfombra para succionar sobre el paso por donde había transitado el vehículo de la paralítica, después roció el aire con una de esas fragancias para matar los malos olores. Mientras movía los brazos espantando espíritus y caminaba como evitando zancadillas, deliberaba con las camisas sobre las visitas del día.

Mabel sintió frío, pensó en el otoño, en el final del día, en el local totalmente vacío, en la falta de temperatura de las prendas, y que no era cierto que un abrigo fuese más calentito, como familiarmente se dice, pensó en la piel. Era hora de irse, de apagar las luces, de dejar descansar a la ropa que estaba siempre atenta a ser probada, se acercó al maniquí y le acomodó el saconcito color marfil, la miró, era mas alta que ella, delgada, delgadísima, siempre mirando al frente, una sonrisa elegante y un brazo en posición de saludar a alguien que pasaba por la calle. Mabel miró en la misma dirección, las luces se iban apagando, los otros comercios ya estaban cerrando las puertas, intentó adivinar a quién saludaba, nadie de los que estaban en la vereda de en frente parecían percatarse de su presencia. Mabel se dio vuelta, mientras se dirigía hacia el fondo del local donde estaban las llaves de luz decía cosas en voz baja. Si alguien hubiera estado cerca la habría oído insultar, cosas como: “ ...estúpida, si nadie te escucha, ahora te quedás acá , desgraciada, sola, como una perra “. Mabel apagó todas las luces, y al pasar cerca de la muñeca le largó un escupitajo, la saliva cayó sobre la mejilla derecha, Mabel se quedó mirando cómo su saliva se iba escurriendo en ese rostro siempre igual. Salió a la calle, pero la brisa fresca no produjo ningún cambio, cerró la puerta y por la vidriera miró con

un gesto de aborrecimiento al maniquí. La gente parecía disfrutar esa noche, un viento leve invitaba a entrar a los restaurantes, o confiterías, las personas dejaban los abrigos ligeros a mano mientras pedían algo caliente. Estaban todos a propósito, uno detrás del otro, un restaurante, una confitería, un bar, una heladería y casa de tortas, todos poblados de personas sonrientes, como la estúpida que se había quedado en el negocio y no había sido capaz de atraer a nadie interesante.

Esa noche fue difícil dormirse, en el departamento solitario, resonaban los pasos con pantuflas, hacia la cocina, hacia el dormitorio, hacia el living, delante del televisor, con sonido, sin sonido, las pantuflas, el dormitorio, el pasillo, el baño, la cadena, la puertita del botiquín, la llave de luz, las pantuflas, el dormitorio. Una taza, un té, el aire por la ventana que se abre un poco, la ventana que se cierra otra vez, las pantuflas, el baño, las puertitas del botiquín, un portazo, otro portazo, un sol apenas por las persianas casi cerradas.

A la mañana siguiente, como todas las mañanas, Mabel, salió para su negocio. No era lejos y en mañanas como éstas, tan soleadas y frescas iba caminando, el enojo persistía en la dureza de las veredas, y por más que pisara más fuerte las baldosas no cedían. Llegó al sector comercial de la ciudad, con las veredas húmedas por recientes mangueras, las persianas de los locales comerciales iban subiendo una por una, de a poco los murmullos de las personas empezaban a ocupar el aire. Mabel se quedó parada delante de su vidriera, un grueso vidrio mostraba el interior, atractivo y elegante, la muñeca seguía saludando, Mabel acercó el rostro al cristal y miró hacia adentro, podía ver los percheros, tiesos y silenciosos. Parecía no haber aire en el interior, era casi una foto de un sueño realizado. Iba a alejarse de una vez por todas, no iba a ser fácil, sólo cambió un detalle. De la cartera sacó las llaves y una vez adentro abrochó con cuidado el abrigo que el maniquí llevaba puesto, la alzó y salió con ella en brazos a la calle. Una

vez en la vereda, le hizo señas a un taxi, introdujo a la muñeca y después lo hizo ella, le acomodó la falda sedosa para que le cubriera las rodillas, se emparejó el cabello mirándose cordialmente en el espejo retrovisor del conductor y le indicó con una sonrisa su destino.

Fin

Peppa